

Stevenson empezó a escribir *La isla del tesoro*, su primer éxito como novelista, en un verano tardío; unas cuantas gotas de lluvia perdidas descolorieron la caligrafía de los primeros renglones, anticipando el influjo que el agua ha ejercido sobre espíritu del relato: el desembarco de las olas en la playa dejará restos de algas agonizantes a lo largo de todas las páginas y las rocas, acostumbradas, cómplices, nunca llegarán a inmutarse; los restos de espuma germinan de vocales y consonantes de sal la arena suave y la calavera y las tibias de una bandera pirata, arrastradas por la marea, besan la tierra firme, como un naufrago, para describir el destino de los personajes.

Un balbuceo infantil de acuarela dio pie a Robert Louis Stevenson para imaginar un universo de iconos sempiternos, rodeado de mar por todas partes: fúnebres goletas de elegantes castillos de popa, hambrientos de vientos motrices, mas-

JULIO REY

El mástil coronado por el trapo de Pollock

los jorobas de las islas, señalando, como soplones, el escondite del tesoro escondido en su barriga; piratas, bucaneros, corsarios, grumetes, cocineros y vigías de penetrante ojo de águila; tricormios emplumados, casas de charreteras desplumadas, cinturones de grandes hebillas con labradas capitulares sanguinarias, garfios, parches y aros de plata en la oreja. «Isla del Esqueleto». «Co-

carones de proa con manoseados pechos turgentes de sirena madrina y ocho humeantes cañones escupiendo bolas azabaches amputadoras buscando plenos; equis tatuadas en

lina del Catalejo». «Tres Cruces Rojas». Billy Bones, Black Dog, Ben Gunn, Capitán Flint y ron... Mucho ron, añejo y bronco. Piezas de *atrezzo*, regaladas para la composición del dibujo. *Isla del tesoro*. Si Long John Silver se hubiese apoyado en una ortopédica pata de pulida y suave madera de deriva, en lugar de en una muleta sobaquera, habría sido Ahab y capitán, no *sea-cook*, traducido «cocinero de abordaje», experto en deconstrucciones éticas y no habría perseguido tesoros; habría perseguido, con obsesión resentida, cachalotes resabiados, con niveos costados atravesados, por entre los incontables agujeros taladrados por las brocas balleneras, de parte a parte por las olas. Pero, entonces, el pirata de doble moral en la mirada: la pupila de

Jekyll en un ojo y el iris de Hyde en el otro y su loro cómplice posado en el hombro, con el sable mellado en el pico con traza de garfio, presto al abordaje, se hubieran perdido los pinceles virtuosos de José Gallego.

José Gallego es un *voyeur* con artística capacidad de contemplación, que espía las nubes bajas copulando con el océano esmeralda; es capaz de convertir el eco de sus gemidos, rebotando sobre las paredes nacaradas de las caracolas, en gráciles rasgos de pincel, teñidos de acuarela. La pintura a la acuarela es muy difícil, tanto como encajar el escorzo de los barcos acostados en la arena descubierta de las mareas bajas y que luego parecen dormidos; plasmar el mar y sus cromáticos tornasoles es tarea de escogidos: Gallego se abraza a sus orlas oceánicas y sus acuarelas son trazos ondulantes de pincel rendidos a sus reflejos; José María dibuja, inspirado, magistral y superlativo, en perpetuo estado de gracia y arranca a caminar sobre las aguas.

Julio Rey es humorista gráfico y colaborador habitual de EL MUNDO junto a José María Gallego.

LITERATURA ARTE

UN PIRATA COMO DIOS MANDA

José María Gallego ilustra una nueva versión de 'La isla del tesoro', de Stevenson

LUIS ALEMANY MADRID

La botella de ron, el galán-truhán, la casaca hecha flecos, el mapa del tesoro con una cruz, las patillas, la marinería que parece los All Black, el loro, el tatuaje, la canción de la libertad... ¿Qué nos falta? ¿La pata de palo? ¡Falso! John Silver inauguró todos los atributos del pirata con el que sueñan los niños, todos menos el de la pata de palo. Silver se presentaba ante los lectores con una pierna sí y la otra no, y lo demás es folclore.

José María Gallego, el dibujante de Gallego&Rey, el coautor de la tira cómica diaria de la última página de EL MUNDO, ha dedicado nueve meses a ilustrar *La isla del tesoro* para una nueva edición del sello Reino de Cordelia, la novela en la que Robert Louis Stevenson inventó a John Silver. ¿Y cómo es eso de dibujar sin Julio Rey, sin guionista? «Stevenson era un guionista muy preciso. De hecho, el problema era abstraerse de la cascada de información visual que trae la novela y aceptar el reto de



hacer algo personal con *La isla del tesoro* sin dejar de ser fiel».

Cree Gallego que *La isla del tesoro* es «la novela más ilustrada de la historia». Por ejemplo: «Saben los Wyeth, la pareja de padre e hijo que ahora expone en el Thyssen

de Madrid? Pues también hubo un abuelo Wyeth que dibujó una *Isla* de primera. «Y también están las películas: la de Wallace Beery, la de Orson Welles y Charlton Heston».

La versión de Gallego es reconocible para cualquier lector de sus

tiras. «Quería unas figuras que siguieran siendo caricaturescas, pero en un mundo muy realista. Eso está en Hergé, por ejemplo, que las figuras no son realistas pero el Dos Caballos que conducen es absolutamente preciso». La isla de Galle-

go es casi fotográfica. El mar es como una pintura al óleo. «Se disfruta muchísimo pintando mares». Pero los personajes son los gallegos de toda la vida, con sus mandíbulas grandes y sus narices afiladas.

El esfuerzo del dibujante por aportar algo nuevo ha consistido, más bien, en encontrar escenas poco representadas. «El momento en que los piratas bombardean el esquiife del doctor, por ejemplo... Esa imagen se había dibujado desde el esquiife. Yo lo he dibujado desde el barco y he descubierto que es más espectacular».

El espectáculo, claro: Gallego descubrió *La isla del tesoro* con 14 años y se quedó aturdido. «Ahora, de adulto, veo que no solo está la aventura. También está la complejidad.

Silver, por ejemplo, llega porque es poliédrico. Es canalla y asesino pero también es un encantador que vive con una alegría y una libertad que todos quisiéramos para nosotros».

Stevenson, que hasta *La isla del tesoro* circulaba por carreteras secundarias de la literatura, escribió la gran novela de piratas para divertir a su hijastro. Cada día, inventaba un capítulo. Gallego, en cambio, dice de sí mismo que es «un dibujante rápido e inconstante. Necesito acabar los dibujos deprisa porque me impaciento. Aquí me encontré con trabajo para un año, imagínese qué cambio». ¿Y qué tal? «He disfrutado como nunca», reconoce Gallego. Los que quieran comprobarlo, tienen una cita: esta tarde, a las 19.45 horas, Gallego presentará su *Isla del tesoro* en la librería Rafael Alberti de Madrid. Le acompañarán Julio Rey, el editor Jesús Egido y el poeta Luis Alberto de Cuenca.